

## ¿Cómo pensar el arte? Valoración estética: ¿quién decide y con qué criterio?

GONZALO GARCÍA  
Especialidad de Filosofía  
Pontificia Universidad Católica del Perú

Se me ocurre que para todos nosotros hay algún margen que nos incita a calificar las cosas con algún valor. En cuanto al arte, este suele relacionarse con nuestro juicio de belleza. Hemos desarrollado diversos enfoques para observar mejor al arte, tanto psicológica como social o hasta religiosamente. Enfrentados con la variedad de enfoques, debe haber alguna manera de conciliar la caleidoscópica visión del valor estético. Sea cual sea el caso, no importa mucho si apelamos a tales o cuales factores desde cualquier área intelectual debido a que las conceptualidades invertidas retribuyen a cada perspectiva con el peso de sus usos y en ocasiones escapan a lo que nos referimos: al fenómeno artístico. Pareciera irónico llamarlo fenómeno luego de señalar que algunos conceptos se escapan de sus referencias. Ciertamente, eso parece, pero podemos correr un ligero riesgo a la espera de algún esclarecimiento. Lo que llama al propósito de este ensayo es el surgimiento del valor cuando sucede en el arte, lo que pasa en la vida humana cuando hay arte o, mejor dicho, a qué se puede referir la valoración estética dada nuestra condición en la vida.

Al observar los objetos que llamamos obras de arte, es evidente que cada uno tiene un autor. Siempre hay un artista tras bambalinas. Y también hay un espectador frente al producto artístico. Dado el caso, toda reflexión sobre el valor estético consta de al menos tres elementos primordiales: el artista, la obra y el espectador. Ellos interactúan de algún modo que gesta y produce el juicio de valor. El surgimiento de este conjuga de alguna manera

ciertas impresiones y apreciaciones. Puede que en algunos casos se anexasen más detalles a tal juicio como la vida del autor, la intención puesta en la obra, el contexto histórico del artista o del que ve la obra, entre otros. Sin embargo, todos esos son reductibles a los tres elementos que indiqué. Se me ocurre, además, que hay muchas maneras de relacionarlos en cuanto queremos descubrir cómo y dónde yace el valor en la pieza.

En las obras literarias como las novelas, el escritor generalmente se toma mucho más tiempo en producirlas que el actor en una performance. No obstante, quizá este último haya requerido mayor preparación o meditación que el primero para ejecutar su obra. No lo sabemos con certeza, pero ambos contaron con algún contenido que fue volcado a la manera de cada una de sus disciplinas. En el caso de que las dos piezas, la novela y la performance, contaran con un mismo espectador, podríamos preguntarle su opinión acerca de ellas. Las cuestiones de tipo “¿qué tal la experiencia de cada una?”, “¿qué tienen en común?” o “¿son comparables?” a veces generan más claridad al proponerlas que en un intento de responderlas. A pesar de que realizar tal cometido con esa persona pueda ser interesante, siempre cabe la posibilidad de que no sepa qué responder. Por mucha ansia que haya de conocer esas respuestas de ella, finalmente depende particularmente de esa persona lo que se afirme.

En cuestiones de dependencia, podemos elaborar una amplia casuística en la que tenga más peso alguno de los tres elementos sobre los dos restantes. Las combinaciones de importancia o relevancia al dar valor estético pueden jugar casi indiscriminadamente con ellos tres. Sin embargo, aunque la lista de casos es inmensa, en un primer momento logro imaginar un ejemplo bastante próximo: este ensayo. Yo soy el autor. Estos párrafos son un producto narrativo. Usted es el lector. No sé si todos los cercanos estén de acuerdo con ver mi ensayo como una obra de arte, pero prefiero asumir que sí lo es para dar mejor sentido a estas líneas.

Yo como escritor me desenvuelvo con esta técnica narrativa, pero antes de cumplir ese rol llevo mi existencia como una vida humana particular. En ella experimenté y experimento diversas situaciones que forjan mi persona o mi forma de interactuar con la vida y en ella. Cuento con variadas fuentes

de estímulos que moldean mi sensibilidad y mis interpretaciones de ellos. Así tengo impresiones y apreciaciones de la vida en la que me encuentro. Tales gigantescas variantes han conformado lo que hasta ahora he llamado como mi vida, mis experiencias, mis vivencias y demás nombres. Sencillamente, mi mundo y mi tiempo. Desde ahí es que puedo emitir cualquier pensamiento, intención, emoción o acción. Justo desde eso que más me mueve: mis necesidades, mis genes, mis circunstancias, mis deseos, mis intereses, mis temores, mis interpretaciones y un largo catálogo de atributos míos que conforman mi percepción. Ella me muestra la realidad como mi mundo. Esas tantas cosas hacen a mi percepción un invaluable y único receptáculo de contenidos. Desde mi mundo, la veo como invaluable porque no sabría qué valor darle o cómo otorgarlo. Y esos contenidos son parte de mi perspectiva hacia la vida en la que participo. Así, pues, todo ello me hace un humano que vive.

Afortunadamente aprendí a escribir y conocí esta manera de expresión. Como en cualquier otro ser humano, los contenidos de mi percepción ejercen la demanda de ser expuestos para alivio de mi propia existencia. Quiero enfatizar la necesidad de comunicación por la que todos nosotros compartimos información vivencial entre nosotros mismos. Esas son peculiaridades que traen la condición humana y sus necesidades. De tal modo, estas palabras conforman mi expresión. Aquí hago explícitos algunos de los contenidos de mi percepción con el objetivo de armar un ensayo, es decir, crear un producto desde mi mundo. Esta obra es el fruto de mi experiencia germinada por todos los procesos que implica la condición humana en mi instancia. Tales y cuales líneas aligeran algunos contenidos en mi persona y bosquejan embajadores de la gran maraña situacional que llamo mi vida. La técnica prevaleciente es la escritura en castellano y otros factores que refinan la presentación de estos contenidos. Entre ellos se encuentra la capacidad de redacción, la flexibilidad de las figuras literarias, la amplitud del vocabulario, el tono de la narración, etc. En cualquier manifestación artística somos capaces de desarrollar o emplear herramientas que aumentan la sutileza o elegancia con que pueden expresarse los contenidos más esbeltos y fecundos. Inclusive podría verse que esta pieza cuenta con un rumbo enmarcado por la pregunta del título y, por tal motivo, la obra transmite un mensaje que responde la interrogante explícita sobre el valor

estético. Entonces, esta es una muestra de algunas partes selectas de la vida del autor, o sea yo.

Usted felizmente cuenta con la habilidad de lectura. De tal manera es capaz de participar en un espacio que se crea entre usted y yo por medio de estas frases. Curiosamente, usted goza de una vida e implica el sinnúmero de variables que la condición humana le otorga en la particularidad suya. Entre esas que usted conoce de usted y también sus puntos ciegos, esos del inconsciente. El largo recorrido que lo trajo hasta este ensayo interactúa indirectamente con mi recorrido hasta estas escrituras. Si hay algún modo directo, está en mi juego con estas palabras y en el suyo con ellas. Esos dos bailes, escribanos de uno y lectores del otro, son las interacciones más directas rescatables del fenómeno artístico. Yo no sé nada sobre el carácter ni los contenidos de la vida de usted en su lectura. Y lo más probable es que el lector de esta obra carezca de alguna cercanía vincular conmigo más allá de escritor-lector.

En modo idealista, el fenómeno artístico apela a la interacción indirecta de dos vidas. Incluso podría ser visto como un proceso comunicativo donde el emisor es el artista y el receptor es el espectador. Contamos con dos humanos de base para ver el caso más simple de entender en primer lugar. Esto cabe en el inmarcable ámbito en donde se desenvuelve la vida humana, puesto que su caótico y errático despliegue es inagotable, menos aún por cualquier atisbo estructural, pero algunas movidas conceptuales son permisibles y hasta placenteras en su utilidad pedagógica. Veamos que el caso más sencillo al que nos restringimos involucra al artista cuyos contenidos vivenciales son vertidos a su propio estilo en una pieza que los expresa. La creación artística es manifestación de su autor en todo momento, como un hijo que prolonga los contenidos de su padre, sean cuales sean. Ahora bien, la expresión de artista procura ser recibida, tal como un mensaje. En ese sentido es que el espectador cumple su función de receptáculo. El paso de un contenido de un sujeto a otro suele ser el origen de la apreciación estética; de ahí que puede surgir el valor que cobra el arte. En adelante observaremos en qué medida el valor yace en esa interrelación entre los dos sujetos y la obra de arte.

La figura que este párrafo enfatiza es el dinamismo entre el productor, el producto y el consumidor. Incluso el ejemplo de emisor, mensaje y receptor recuerda que algo se transfiere de un individuo a otro. Y a pesar de que es posible seguir elaborando bosquejos con otras terminologías más allá de las económicas o informáticas, es fácil percatarse de que cada uno de esos lenguajes mantiene un matiz distinto acerca de la misma abstracción. Tal matización que las palabras traen consigo es la que pondero al ver los casos en los que se relacionan el artista, la obra de arte y el espectador. Si bien ya notamos que la transferencia de los contenidos vivenciales de una persona a otra es ampliable desde muchos ángulos, mayormente se da rienda protagónica al objeto, es decir, a la pieza artística. Cuando se busca abordar cierto aspecto del arte, generalmente se empieza por la muestra que se hace acreedora de ser arte. Sean cuales sean los gustos, el objeto del arte cautiva en primer plano porque su función es naturalmente expresiva. En palabras simples, dicho objeto cumple el rol de hacer explícitos ciertos contenidos. Como tal, la pieza artística presenta una demanda de atención en la medida que desnuda estos o aquellos contenidos y los coloca hacia el espectador.

A nivel del objeto, las múltiples variables involucran las modalidades en las que se presentan los contenidos: la manera o forma en que son expuestas algunas sustancias vivenciales. Cada artista decide según sus conocimientos y gustos cómo es que elaborará su objeto; y también influyen los rincones ciegos de su mundo. La obra depende del mundo particular de su creador. En los colosales entramados de su experiencia, pueden existir memorias placenteras o traumáticas, o nobles y santas, o burdas y nefastas. Los sabores que habitan la subjetividad del artista dibujan una percepción inigualable del mundo humano. En las marañas y recursos de la labor creativa al producir el objeto se encuentran los motivos e intenciones con que el artista ejecuta.

En contraste con el mundo del artista, el objeto artístico puede someterse a examen y análisis desde los criterios técnicos que envuelven cada disciplina como en la arquitectura, el baile o la moda. La tradición de cada área cuenta con tratados o teorizaciones estilísticas acerca del quehacer artístico, ya sea la composición musical, la actuación o la escultura. En

cuanto las herramientas con que se construye una pieza de arte, hay suficiente literatura en el amplio espectro histórico de las manifestaciones que el ser humano ha desarrollado hasta ahora. Por tanto, mi punto aquí está en ganar la conciencia de la variedad con la que pueden darse, verse o imaginarse las relaciones entre el artista y el objeto artístico: el creador y su creación. De ese modo vemos que, pese a la infinidad de perspectivas posibles, siempre permanece la imagen de un sujeto que hace explícita en su obra algún contenido interno según su estilo. Eso último, el estilo, es lo que predomina en cualquier trabajo artístico, ya que es el matiz que resuena en el tercer elemento: el espectador.

El estilo de una pieza es difícil de describir con algún juego de palabras, puesto que se encuentra en el terreno de las sensaciones. Curiosamente, me he topado con una de las limitaciones de la disciplina narrativa ya que esta se vale de conceptos y en este párrafo quiero esmerarme por describir eso indescriptible en el arte. Por mucho que me valga de metáforas o cualquier otra figura que induzca a experimentar ciertas sensaciones, el toque estilístico difícilmente podrá ser explicado. Parece que ese es uno de los magníficos dotes que el estilo juega en el arte. Este es quien incita ciertas impresiones en el espectador; este dispone el nexo entre el objeto y el segundo sujeto. La pieza artística despliega con un estilo los contenidos del mundo de su autor y ese modo de presentación abre el acceso hacia el mundo del espectador mediante las impresiones que le genera. Ellas pueden ser alegría, melancolía, pasión, inocencia, horror, incertidumbre y muchísimas otras reacciones que incluyen la ridiculización, el fanatismo o hasta la indiferencia. No necesariamente la belleza, la contemplación o la admiración. Esa vinculación entre el mundo del artista y el del espectador se forma principalmente por el estilo con que se presenta la obra además de que el contenido también es constituyente.

Volviendo a brochazos generales, el valor estético que se da en el arte o al arte estaría presente en alguna parte de la interrelación del artista, la obra del arte y el espectador. Dado que la paleta de experiencias humanas es tan amplia y diversa en manifestaciones, el arte se halla en un cambiante ambiente de aleatoriedad y caos. No obstante, el valor puede ubicarse en diversas posiciones respecto de los tres hitos que tracé para observar con

minuciosidad al fenómeno artístico. Siguiendo este sendero, tanto el artista como el espectador cuentan con mundos perceptuales que se configuran gracias a un sinfín de variables conocidas y no conocidas por ellos mismos. Sus mundos particularísimos engloban sus propias apreciaciones de la vida y también los puntos ciegos de sus impresiones: sus contenidos de pensamiento y sensibilidad conocidos y desconocidos. En ambos casos es posible tomar desde una minucia hasta una vastedad de variables para analizar las ocurrencias de sus respectivos mundos. Esto depende del grado de exhaustividad que se tome para examinar el fenómeno artístico. Si alguien desea conocer la impresión que genera una pintura comunista de 1920's en un adolescente americano de 1980's quizá procure variables distintas a las de otro que se interesa por la impresión de la sonata Patética de Beethoven en Avicii mientras este buscaba inspiración para un próximo remix.

Continuando estos pasos, los mundos perceptuales de ambos sujetos comprenden distintos pesos para las variables que se dispongan arbitraria o inconscientemente. Sea como fuere, los dos mundos se anclan al objeto artístico. Él es lo que desnuda algún aspecto de un mundo a la expectativa de la atención de otro. Esta es la imagen arquetípica del fenómeno artístico. Entonces, el valor estético surge en el instante en que se conecta la pieza de arte con alguna variable o variables de alguno de los mundos. Quiero decir que tal valor se arma en la relación entre las variables preponderantes de cada mundo bajo el matiz que el objeto demanda según su estilo en la presentación. En palabras simples, el valor estético estaría en el vínculo entre las disposiciones del artista y las del espectador respecto del estilo de la obra y, en menor intensidad (en la mayoría de los casos), de su contenido. La excepción a esta última idea la ocupa el arte conceptual, puesto que en él los contenidos predominan al estilo o a la forma de la presentación. Sin embargo, enfatizo esta idea dado que es común que las sensaciones primen sobre los conceptos; por eso, el estilo impacta habitualmente más que el contenido. Juntos hacen la presentación de la obra como tal.

El caso limpiamente perfecto en teoría es aquel en el cual el valor estético equivale al balance en la contraposición de las impresiones y apreciaciones de ambos sujetos desde el objeto. En otras palabras, cuando se sopesan las

perspectivas de sendos mundos sobre la obra de arte bajo ella misma como referencia: la retroalimentación del vínculo entre las variables subjetivas desde el objeto. Por decir, mi mundo es la fuente desde la cual expongo esta pieza narrativa y el mundo de usted asimila a su manera este trabajo. Este momento relaciona nuestros mundos de una forma que depende de nuestras variables a partir de estos escritos. Por lo tanto, usted y yo somos en este instante el propio fenómeno artístico gracias a su lectura que actualiza mi escritura; usted me aviva a través de mi obra. Dicho de otro modo, la ocurrencia de la lectura en este momento de su vida revitaliza la ocurrencia de mi escritura y coincide que su lectura y mi escritura son perspectivas (incluso en la literalidad de las palabras) de lo mismo: este ensayo.

A pesar de que la imagen de tres elementos es bastante funcional con estas descripciones, se pueden producir juegos muy variados y peculiares tan solo con estos tres. Me parece útil observarlos como las notas musicales respecto de la canción puesto que ellas no son la música, pero permanecen en todo momento. Tanto el *reggae* como el *jazz*, o el *folklore* chino, o una pieza de Sergei Rachmaninov pueden manifestarse desde ellas, pero no son ellas. Asimismo, es posible apreciar una gigantesca casuística sobre el surgimiento del valor estético, así como la música de la combinatoria de sus notas.

La respuesta corta acerca de quién decide la valoración estética y con qué criterio es cualquier persona y con el criterio que quiera debido a que las impresiones y apreciaciones son diferentes en cada sujeto (quiero decir que no son idénticas); y el criterio se forma en base a ellas, entonces cada sujeto cuenta con uno particularmente diferente.

La respuesta larga va con el propósito de ampliar la visión sobre el fenómeno artístico y percatarnos de los detalles más finos que están en juego. La riqueza de cada mundo subjetivo posee increíbles contenidos capaces de ser expresados a través de algún canal que permite a otro acceder a dichos contenidos. El canal o medio por el que se transfieren esos contenidos subjetivos del artista al espectador es la obra de arte como tal. No obstante, hay muchas maneras de tratar a estos tres elementos y develar curiosos vínculos posibles. Así como las combinaciones de notas musicales logran



presentar acordes de variados matices. Por mencionar, veamos el caso en el que nos encontramos ahora. La relación entre el autor y lector es unilateral; no hay modo en que usted haga algún aporte desde su mundo al mío en afinidad con como yo sí lo hago con el suyo. Ahora veamos el caso en que el espectador retroalimenta al artista y se da un fenómeno bilateral de expresión y recepción de contenidos subjetivos. Por ejemplo, en las batallas de *rap*, *hip-hop* o *boogie-woogie*, los artistas involucrados improvisan su expresión con baile, canto o algún instrumento y, a su vez, son respondidos por el otro que atendió a su obra artística. Tales dinámicas permiten que el valor estético aflora de distintas maneras ya que cada fenómeno artístico enfatiza diferentes variables tanto subjetivas en ambos mundos como técnicas en cuanto a la disciplina en que se manifiestan. En el primer caso, un ensayo y su lectura recalcan la formación intelectual del autor, su manejo de la lengua, la rigurosidad argumentativa, entre otras cualidades, y, por su parte, remarcan la comprensión argumentativa del lector, su sensibilidad léxica, su juicio crítico, etc. Además, hay tantas otras variables presentes en el ensayo que comunican ambas subjetividades tales como la redacción, la estructura, el tono, la literalidad, y otras más que conocen los expertos. En cambio, en el segundo caso, se enfatiza la agilidad mental con que el artista improvisa y fabrica un producto en un incierto acontecer. También prima la agudeza o sutileza de la expresión instantánea y, por su parte, el espectador que resalta por su atención al detalle y rápida decisión al replicar convirtiéndose en artista y viceversa entre los implicados. En esta dinámica, el valor estético aflora, a mi parecer, de la sincronía y agilidad en las maniobras de intercambio entre estilos, pero finalmente depende de cada uno en gran parte.

Otro caso curioso se da cuando el artista y la obra se fusionan en un solo elemento, como en la performance. En ella, quien expresa lo hace a través de sí mismo con sus acciones, su comportamiento, su cuerpo, sus gestos. La obra no se puede desligar del autor a diferencia de una canción o una pintura. Algo similar ocurre con el *freestyle* en la danza en tanto el que baila muestra sus contenidos subjetivos por medio de sí mismo, sus movimientos, su coordinación manifiesta. En estos casos, el artista encarna su propia pieza de arte y toda técnica de esta se entrelaza con mayor cercanía a los procesos subjetivos de su ejecutor. En cambio, en disciplinas como las

artes plásticas o las de diseño, la separación entre el artista y el objeto de arte está bastante marcada puesto que un pintor no permanece fusionado con la pintura o un arquitecto con la edificación. Una vez que la obra está hecha, tiene la posibilidad de ser percibida independientemente de su creador, pero no es así en el caso de las artes escénicas y performativas.

Al evaluar las variaciones de los tres elementos, creo que si se observara este ensayo como si fuera una performance, mi subjetividad tendría que encontrarse en constante situación conforme escribo una y otra palabra. Quiero decir que cada despliegue del sujeto en una performance con su estilo es constantemente demandado por la propia ejecución dada su naturaleza performativa. Sin embargo, eso no sucede con mis párrafos. Ellos, o sea mi obra, no me colocan en situación de constante demanda en base a la naturaleza narrativa de esta actividad. Este ensayo se denomina como tal una vez que haya sido acabado. En su gesta, aún no es propiamente una pieza literaria. Por tanto, se puede notar la diferencia con la ejecución performativa, que lo es en todo momento de su creación.

Viendo por otra ventana, también es posible que la obra y el espectador puedan fusionarse y así formar un solo elemento, como en las presentaciones que interactúan con el público. Por ejemplo, el teatro que rompe con la cuarta pared o los espectáculos de magia o ilusionismo. En sendas muestras prima la participación del espectador en el objeto artístico, pues, de lo contrario, este se vería incompleto. El papel que cumple el espectador es activo y requiere involucrarse con la expresión del artista para que pueda darse el fenómeno artístico. El caso es distinto en los conciertos de música o en las salas de cine ya que el rol del espectador es mayormente pasivo, es decir, la obra de arte no le presenta alguna demanda más allá de atenderla como objeto artístico. No obstante, en la ejecución del ilusionismo impera la actividad de su público en vista de que gran parte de la obra involucra las expectativas de los concurrentes en su quehacer. Y tal quehacer presta atención activamente. Algo semejante ocurre cuando una puesta en escena incluye la interacción entre el elenco y la audiencia. En este punto, creo que hay cierta claridad acerca de los juegos combinatorios que los tres elementos nos permiten apreciar en el arte y cómo es que su dinamismo condiciona el valor estético del fenómeno artístico.

En este párrafo podemos analizar algún caso más enmarañado. Lo invito a usted a que evalúe cómo se relacionan los tres elementos. Por colocar uno, imaginemos una performance conceptual y escultórica de música experimental de la siguiente manera. Además, lo invito a que evalúe las posibles relaciones y combinaciones de los tres elementos. Un músico se propone hacer una escultura sobre arcilla en una performance en tanto inflige estímulos físicos al cuerpo de otro sujeto cuyas emisiones sonoras ante las estimulaciones corresponden a un procedimiento técnico sobre la arcilla. Veamos que el otro sujeto es parte instrumental respecto de la escultura que se va elaborando sobre la arcilla. Si el artista le hace cosquillas, este profiere carcajadas que corresponden con trazos largos en bajo relieve en el material arcilloso. Si el performador le da una cachetada que genera un gemido seco, se crean hendiduras circulares en el material. Si el autor jala los vellos de las axilas que llevan a un estruendoso llanto, se colocan pequeñas esferas de arcilla a los lados del molde inicial. Y así podemos correlacionar las acciones del artista sobre el otro sujeto con sus emisiones sonoras y sus correspondientes manifestaciones técnicas en el molde de arcilla. De esa manera, la complejidad del acto incluye aspectos de actuación, música, escultura, conceptualidad, entre otros que pueden señalarse. Esto sucede mientras el espectador presta atención. Dada nuestra condición humana, difícilmente el quehacer del espectador podría mantenerse pasivo, es decir, que sus impresiones y apreciaciones no lo inciten a la acción debido a la naturaleza del fenómeno artístico en su expresión. Hay un sujeto que no es el artista cuyo rol es ser herramienta en la obra. En otras palabras, un mundo subjetivo con su propia particularidad es parte y está fusionado con el objeto de arte, pero no es ni el artista ni el espectador en vista general del fenómeno. No obstante, su condición subjetiva también lo hace artista bajo un nivel de referencia y espectador en otro sentido. En este complejo caso, la presencia del sujeto instrumental, las estimulaciones, las sonoridades y el simultáneo modelado de la arcilla conforman al objeto del arte. El artista es un performador, escultor y músico experimental, una mixtura de disciplinas y técnicas. Y, además, puede tomarse al acto como una crítica en alguna temática ajena al acto como tal que convertiría la manifestación en arte conceptual.

Intentar ubicar este ejemplo en la figura de los tres elementos puede resultar complicado al ver el gran número de variables que se requiere tomar en cuenta. Empero, aconsejo darle un rumbo a cualquier posible análisis y recordar que el que reflexiona o el crítico de arte suelen posicionarse en un lugar que parece o pretende escapar de esos tres elementos a pesar de que no creo que pueda darse de esa manera. Considero que toda subjetividad que participe del fenómeno artístico se coloca en alguno de los tres hitos que ayudan a entender ciertos aspectos de dicho fenómeno en la riqueza y vastedad humanas.

En cuanto al valor del fenómeno artístico, pienso que es extensamente diverso el modo en que surge y variado en manifestación. Este puede ser pobre al tomar una minúscula cantidad de variables; por ejemplo, un niño con hambre que gusta de un anuncio publicitario de Bembo diseñado por un joven emprendedor interesado en la venta de la hamburguesa. Y también puede haber casos más complejos e interesantes en donde las variables jueguen roles interdependientes a distintos niveles de vinculación entre el artista y el espectador o en aquellos casos en que el extremo detalle del objeto resalta la supremacía de la técnica, como en el virtuosismo romántico de la música decimonónica, o en los casos en que este incita un mensaje que está más allá de él, como en el minimalismo conceptual gráfico.

Entre tantísimos objetos, me remito a concluir este ensayo (sea o no sea considerado arte desde el mundo y las variables de usted como lector) señalando que la valoración estética del arte aflora en una o muchas relaciones que conecten las variables de cada uno de los tres elementos entre sí. Es decir, las variables del mundo subjetivo del artista, las del trabajo técnico de la obra y las del mundo subjetivo del espectador. En el juego de ellas es que nace el valor que se le pueda dar al arte tal como la relación que usted y yo hayamos podido gestar en el transcurso de estas palabras, pienso yo.